

¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

Florencia Cataldo Díaz

páginas / año 17 – n° 44 Mayo- Agosto ISSN 1851-992X/ 2025

<http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas>

DOI: [10.35305/rp.v17i44.952](https://doi.org/10.35305/rp.v17i44.952)

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

### How is disobedience constructed? The experience of a daughter of a genocide

**Florencia Cataldo Díaz**

Instituto de Investigaciones de Estudios de Género,

Universidad de Buenos Aires,

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Argentina)

[florencia.cataldo@hotmail.com](mailto:florencia.cataldo@hotmail.com)

<https://orcid.org/0009-0002-9707-4067>

#### Resumen

El trabajo aborda la experiencia de ruptura de Lucía con su padre, un militar condenado por crímenes cometidos en la última dictadura argentina. Con tal propósito, analiza aspectos de su biografía atendiendo a peculiares coyunturas, que permiten reconstruir el proceso de descubrimiento del accionar genocida del progenitor y la configuración de su repudio público mediante la creación del colectivo "Historias Desobedientes". Para esta investigación se acudió al trabajo con fuentes orales, junto con notas periodísticas y el legajo militar del padre. Las principales conclusiones indican que el conocimiento de la condición genocida del progenitor derivó del enlace de trayectorias individuales con la consolidación de la lucha de los organismos de derechos humanos. Ello impulsó la asunción de una postura ético-política afín a dicho movimiento y en repudio al padre-genocida, transitada en soledad, que devino en la creación del colectivo en una coyuntura regresiva en materia de derechos humanos que empalmó con el "Ni una Menos" y el "2x1", brindando un marco de escucha social inédito.

**Palabras clave:** Lucía; Dictadura militar; Padre-genocida; Familia; Desobediencia.

#### Abstract

The work addresses Lucía's experience of breaking up with her father, a military sentenced for crimes committed during the last Argentine military coup. With this purpose, it analyzes aspects of his biography taking into account peculiar situations, which allow us to reconstruct the process of discovery of her father's involvement in the repression and the configuration of his public repudiation through the creation of the collective 'Historias Desobedientes'. For this investigation, oral sources were used, along

with news articles and the military file of her father. The main conclusions indicate that Lucía became aware that her father was genocide as a result of a combination of an individual journey and the consolidation of human rights organizations' fight. It promoted an ethical-political position in repudiation of her father's crimes, traveled in solitude; that led to the creation of the collective, in a context setbacks in terms of human rights which was linked to 'Ni una Menos' and the '2x1' providing an unprecedented social listening framework.

**Keywords:** Lucía; Military coup; Genocide-father; Family; Disobedience.

## **Introducción**

Lucía es hija del militar Paolo, Jefe del Departamento de Inteligencia de Mendoza durante la última dictadura argentina, condenado a cadena perpetua en 2012. Su detención en 2008 marcó para ella un punto de inflexión al descubrir que formó parte de un gobierno que secuestró, desapareció y asesinó. En 2017, tras el fallo de la Corte Suprema conocido como "2x1" –que habilitó la condonación de los años de prisión a los perpetradores–, tomó contacto con otros hijos e hijas y formó una agrupación sin precedentes: "Historias Desobedientes. Hijos, hijas y familiares de genocidas por la memoria, la verdad y la justicia" (HD).<sup>1</sup>

En este trabajo abordo el "fenómeno desobediente", entendido como el proceso de aparición pública de parientes de genocidas de la última dictadura que repudian su accionar represivo, desacatando los "mandatos de silencio" y de "obediencia" impuestos en sus familias; y su consolidación como sujeto político mediante la formación de HD. Dichos mandatos emanan de lo que se conoce como "pacto de silencio", que remite a la negativa de los agentes de la represión dictatorial a aportar datos que permitan conocer y juzgar los crímenes cometidos; y de la "obediencia debida", perteneciente al discurso militar, que sostiene que las acciones realizadas en el marco de la represión clandestina fueron legítimas por cumplir órdenes provenientes de un superior en la cadena de mandos. Además, la noción de "desobediencia" conecta la infancia obediente de estos hijos e hijas (educados en los valores y conductas castrenses) con la insubordinación escogida en la adultez al revelarse a la Ley del Padre (en el interior del hogar) y a los principios de la patria militar (y a sus leyes de obediencia debida) (Basile; 2020). De este modo, la decisión de las hijas e hijos de incluir dicho término en el nombre de la agrupación sintetiza su ética en contraposición a los valores de "obediencia" de sus padres-genocidas.

En particular, examino la "experiencia desobediente" de Lucía en tanto protagonista de este fenómeno, propio de la Historia Reciente. Denomino

---

<sup>1</sup>Desde su irrupción tomó como referentes a Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, situándose en el campo de disputa por la legitimidad de la palabra sobre los 70. La desobediencia al mandato de silencio y al legado social de los represores, y la necesidad de evidenciar la presencia del horror en la familia militar/policial motivaron su aparición, desnudando una faceta de la represión estatal y de la memoria invisibilizada; generando nuevos debates.

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

“experiencia desobediente” a aquellos recorridos transitados, producto de condiciones personales pero también de decisiones y prácticas en distintas coyunturas familiares y políticas, que posibilitaron el descubrimiento del accionar genocida del padre y la articulación de mecanismos de transgresión a los mandatos referidos. Para ello, el análisis de ciertos aspectos de su biografía permite reconstruir ese proceso y sus derroteros, atendiendo a sus pliegues pues se trata de un sendero rugoso, no lineal. También desprendo algunas interpretaciones situadas vinculadas al ordenamiento familiar castrense, sus transgresiones, la afeción identitaria y los modos de recordar.

Asumo que este estudio es una ventana para comprender la memoria peculiar, contribuyendo a disolver homogeneidades y generalizaciones; y profundizar el conocimiento del “fenómeno desobediente” como parte de la trama vital personal y social. ¿Qué vasos comunicantes existen entre la historia familiar y la niñez de los “hijos e hijas desobedientes”, y el descubrimiento de la condición genocida<sup>2</sup> de sus padres? ¿Qué elementos les permitieron tomar conocimiento de ello? ¿Cómo lo elaboran? Parto de la hipótesis que sostiene que la toma de conciencia de los hijos e hijas desobedientes acerca del accionar represivo de sus padres militares/policias en la última dictadura fue resultado de la concatenación de recorridos individuales con la consolidación de la lucha de los organismos de derechos humanos (DD.HH). Estos elementos posibilitaron la toma paulatina de un posicionamiento ético-político afín con la memoria, la verdad y la justicia en repudio a los delitos del padre-genocida, transitado en soledad al no hallar cobijo en la experiencia colectiva del movimiento de DD.HH, que devino en la creación de “Historias Desobedientes”.

Para esta investigación fue central recurrir a la historia oral. Entre 2019 y 2023 realicé tres entrevistas a Lucía, semi estructuradas con posibilidad de repregunta. Las mismas se complementaron con comunicaciones personales, con otros testimonios suyos –producidos entre 2017 y 2023– en distintos ámbitos como la entrevista disponible en el archivo oral de Memoria Abierta, el libro “Escritos desobedientes” (2018), apuntes personales de intervenciones de Lucía en actividades presenciales y virtuales convocadas por agrupaciones políticas, sindicales, organismos de DD.HH, HD; y artículos periodísticos. Tal elección metodológica derivó del entendimiento del testimonio como fuente privilegiada que proporciona un doble contenido: los hechos relatados y la narrativa misma, que constituye un ejercicio de memoria personal y social que reflexiona sobre sí y dota de sentidos al pasado; siendo único e irrepetible (Pollak, 2006). Por último, el acceso al legajo militar del padre, cuyo registro –parcial— sobre su trayectoria en la Fuerza me permitió rastrear algunas tramas del derrotero familiar.

---

<sup>2</sup>Usaré el término para referir a los miembros de las fuerzas represivas que cometieron delitos en la dictadura, entendida como un genocidio (Feierstein, 2007). Pero, con fines prácticos, emplearé también la categoría nativa ‘represor’ y la expresión genérica ‘perpetrador’. Los modos de nombrar resultan una preocupación teórica que requiere discusión rigurosa que excede este artículo.

La asistencia a eventos en los que Lucía brindó su testimonio posibilitó entablar un vínculo con ella que dio lugar a las entrevistas –y a algunas comunicaciones telefónicas–, en un ámbito descontracturado. La primera transcurrió en una confitería del barrio de Almagro. La segunda y la tercera, en su hogar; propiciando una mayor espontaneidad reflejada en el uso de un lenguaje informal y la revelación de detalles vinculados con la intimidad familiar y su recorrido militante. La primera entrevista procuró conocer fragmentos de su biografía, respetando una línea cronológica. Las subsiguientes, en cambio, anclaron en dimensiones puntuales retomando líneas ya conversadas. La consulta de relatos suyos elaborados previamente en otros soportes, me permitieron formularle preguntas refinadas que lograron ampliar algunas de sus afirmaciones y matizar otras; como también indagar en algunos aspectos no referidos. Asimismo, las entrevistas me proveyeron un bagaje que estimuló interpretaciones más profundas de otras fuentes surgidas posteriormente. Cabe advertir que el conjunto de los relatos fue analizado desde una perspectiva que entiende al género como parte fundamental de las experiencias de los sujetos, en tanto determina sus prácticas cotidianas y la manera de ser y estar en el mundo que, a la vez, incide en sus modos de narrarse (Jelin, 2012; Bacci y Oberti, 2022).

Hacia finales de los noventa, la historiografía comenzó a examinar aspectos referidos a las memorias sociales (Ollier, 2002). Esa inquietud se acentuó con el restablecimiento de los juicios por delitos de lesa humanidad (2005) y la incorporación de los DD.HH en la agenda estatal, producto de la lucha de los organismos de DD.HH (Guglielmucci, 2021), motivando lecturas novedosas acerca de las memorias de distintos actores sobre la dictadura: agentes estatales, organismos de DD.HH, familiares de miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad; y sus disputas de sentido (Jelin, 2002; Da Silva Catela, 2005; Vezzetti, 2009; Salvi, 2010; D' Antonio, 2015; Alonso, 2022). Aunque sólo se consideraron voces de familiares de víctimas de organizaciones armadas que tomaron estado público mediante la formación de agrupaciones como Familiares y Amigos de Muertos por la Subversión (FAMUS) y Familiares y Amigos de Víctimas del Terrorismo; edificando un imaginario que concebía a todas las familias de perpetradores como cómplices por su activismo político o por omisión (Salvi, 2019). La consagración de una memoria “oficial” también suscitó la crítica de un sector de intelectuales, centrada en sus “omisiones” y “olvidos” respecto del accionar de los grupos armados, que se enlazaron con cuestionamientos al tratamiento jurídico de los crímenes de lesa humanidad (Hilb, 2013; Romero, 2015).

La asunción presidencial de Mauricio Macri (2015), renovó discusiones sobre el pasado reciente. Su correlato fueron discursos “dialoguistas” que hicieron una reactualización de la teoría de los dos demonios (Feierstein, 2018) y pronunciaron un llamado a la “reconciliación”; articulando nuevas modalidades de impunidad alentadas por un puñado de intelectuales (Palermo, Rozenwurcel y Aguiar, 2017). Este clima político y cultural favoreció la propagación de lecturas revisionistas de

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

la represión ilegal, otorgando visibilidad a agrupaciones de civiles y militares defensoras de “presos políticos”<sup>3</sup> y de la “memoria completa”<sup>4</sup> (Goldentul, 2021; Salvi, 2023). Pero también impulsó la configuración de nuevas dimensiones de reflexión que confrontaron con el relato promovido desde el Estado (Jelin, 2017; Rousseaux y Segado, 2018).

En este contexto, tras el fallo del 2x1 y su consecuente repudio social, irrumpió HD planteando nuevos debates políticos, jurídicos y académicos que resuenan en el mundo al tratarse de una voz sin precedentes. Tal fue su impacto que se replicó en Chile, Brasil, Paraguay, Uruguay, El Salvador y España; con el surgimiento de agrupaciones homónimas. Los primeros estudios académicos sobre el tema exploraron su aparición y repercusiones (Scocco, 2017; Gutiérrez Estrada y Chiodi, 2018). En los últimos años, nuevos trabajos se concentraron en explorar los modos en que se articularon las experiencias de los y las “desobedientes” en el universo de la intimidad y sus intervenciones en el espacio público-político (Basile, 2019; Ferré y Ferré y Bravo, 2020; Guglielmucci, 2020; Peller, 2021; Peller, 2022). Estas investigaciones son esenciales para comprender las historias e inscripciones sociales de los y las desobedientes, pero el presente artículo busca enriquecer este campo incipiente mediante el análisis de una experiencia personal, que permita enhebrar singularidades con patrones generales buceando en la intimidad familiar castrense, aún poco indagada.

Por último, el recorrido de Lucía se inscribe en el proceso de feminización de la política surgido en Latinoamérica en los setenta, que comenzó a cuestionar la reclusión de la mujer en el ámbito privado. El mismo se reconfiguró con la irrupción de Madres y Abuelas de Plaza de Mayo (1977) mediante su discurso y sus reclamos corporizados; inspirando incluso la creación de agrupaciones defensoras de miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad impulsadas por mujeres, como FAMUS (D’ Antonio, 2003). Tras el restablecimiento democrático, hubo un resurgir del feminismo que se alió con Madres y Abuelas, e incorporó a mujeres que en el exilio hicieron sus primeras lecturas feministas (Tarducci, 2021). También a fines de los noventa nacieron movimientos piqueteros donde las mujeres adquirieron un rol protagónico (Andújar, 2014). La continuidad de este proceso, fortalecido por la eclosión del movimiento “Ni una Menos”<sup>5</sup> (2015), se visualiza en la aparición pública de hijas que repudian a sus padres-genocidas como Rita Vagliati (2007), Vanina Falco (2010) y Mariana Dopazo (2016). Pero la singularidad de Lucía radica en haber formado un colectivo de acción política.

---

<sup>3</sup> Bajo ese rótulo, reclaman la libertad de militares y policías imputados por crímenes de lesa humanidad.

<sup>4</sup> Estas agrupaciones afirman que la narrativa de los organismos de DD.HH constituye una verdad “parcial” que necesita ser “completada” con “otra verdad”: la de los crímenes cometidos por organizaciones político-militares.

<sup>5</sup> Nacido tras el ‘femicidio’ de Chiara Páez, como expresión masiva para visibilizar la violencia de género. Marcó un hito en para el feminismo argentino y un cambio socio-cultural que se extendió por Latinoamérica. Impulsó cambios en leyes y políticas públicas.

Los enlaces entre el feminismo y la desobediencia han sido abordados por diversas autoras que consideraron al primero como un ejercicio de desobediencia en sí mismo, que quebrantó la sumisión de las mujeres, siendo la familia y la disciplina masculina allí implantada sus primeros territorios de acción (Colanzi, 2019). Mas lo novedoso de la desobediencia de las hijas de genocidas, como Lucía, es que ese desacato se dirigió a la figura particular del padre-genocida, expresada colectivamente; configurando lo que Mariela Peller (2021) denominó el “género de la desobediencia”. Ahora bien, no es casual que su surgimiento se produjese al calor de la expansión de los feminismos, cuyos discursos les proveyeron insumos para articular sus narrativas terciadas por el cuestionamiento de la naturalización patriarcal de los lazos de sangre, permitiéndoles tejer resistencias con ribetes feministas a los mandatos familiares (Peller, 2021).

El artículo se organiza en cinco apartados. El primero examina la consolidación de la personalidad disidente de Lucía. El segundo, la disociación dictadura-padre frente a la presencia de indicios. El tercero indaga la ruptura con la familia militar. El cuarto se detiene en el descubrimiento del padre-genocida, y el quinto explora su irrupción pública y colectiva.

### **La configuración de una personalidad disidente: infancia y adolescencia en la familia militar**

Lucía nació en Mendoza, el 17 de enero de 1963, en una época signada por la alternancia de gobiernos civiles y militares. Su papá, oriundo de la Capital Federal, de una familia trabajadora; tenía veintinueve años. Mónica —su mamá— mendocina, de origen humilde; veintiuno. Es la primogénita y única mujer de cinco hermanos.<sup>6</sup> Al mayor le lleva apenas un año. De los otros la separan nueve, once y quince, respectivamente.

Una mamá maestra y ama de casa, amorosa y sumisa. Un padre militar, que recuerda vestido de uniforme, presente y proveedor; pero con una personalidad compleja. Tíos/as, primos/as y dos abuelas muy afectuosas con predilección por su nieta. Los cinco hermanos crecieron en la endogamia de la familia militar.<sup>7</sup> Vivían en barrios militares, iban al Círculo Militar y casi todos sus amigos/as eran hijos/as de miembros de la Fuerza. Asistieron a escuelas públicas y privadas confesionales aunque, si bien la familia se asumía católica y tomaron la comunión, la religión nunca estuvo muy presente en su cotidianeidad.

Lucía recuerda su infancia como una etapa alegre, que transcurrió entre risas y juegos con vecinos/as en los espacios verdes de los barrios militares, al menos hasta su adolescencia donde mudarse frecuentemente empezó a molestarle. El

---

<sup>6</sup>Por pedido de la entrevistada, utilizo pseudónimos para referirme a ella y a sus familiares.

<sup>7</sup>Las familias militares/policiales se organizan sobre el modelo familiar anclado en la biología y la moral católica, donde el padre es el jefe. Pero en ellas, esos rasgos se exageran, al asumir como propias normas y valores castrenses. Los vectores de poder —muchas veces mediatizados por violencia— se profundizan y toda resistencia es concebida como riesgosa por asumir sentidos derivados de las nociones de obediencia y las jerarquías que articulan el discurso militar (Calveiro, 2005; Peller, 2021).

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

deporte también era su pasatiempo. Pero la excepción a esa niñez feliz eran los almuerzos y cenas, cuando Paolo regresaba de trabajar:

“Te daba un golpe en la cara, esa era su gran expresión de cariño... Del cuartel... Muchas veces venía bien. Y eso cambiaba inmediatamente cuando a alguien se le caía un vaso y lo rompía... Nos cagaba a trompadas... En esas instancias, donde el tipo venía... salíamos, con mi hermano, corriendo hasta el encuentro del abrazo y él lo levantaba mi hermano... y decía ‘¡esa nena!’... me pasaba de largo. Era tan humillante” (entrevista personal, 2019).

Este pasaje sintetiza el carácter del progenitor que, ante el menor desperfecto, reaccionaba con violencia, aplicada con mayor vehemencia sobre ella; mientras Mónica lloraba sin lograr impedirlo. Muchas veces, los golpes se combinaban con agresiones verbales. Luego el militar pedía disculpas, acompañadas de un presente material. Pero el alivio duraba hasta que otro hecho desataba su ira, repitiendo la secuencia. También, el fragmento trasluce un trato desigual entre el varón, al que saludaba con ternura, y Lucía, a quien se dirigía distantemente. Aquí se vislumbra una doble subordinación de la hija: por su relación inter-generacional (padres-hijos) y por su género (Calveiro, 2005). Esa carencia afectiva, solía contrarrestarse con el cariño de las abuelas.

Pero desde pequeña combatió el lugar de sumisión que, sumado a su naturaleza femenina, incrementó las vejaciones de Paolo. Mónica, en cambio, aprendió a obedecer.

“Ella le hacía frente y mi viejo le decía que la única que le podía hacer frente era yo, como una dualidad hasta de orgullo por mi rebeldía. Los dos se encerraban en el cuarto y había mucha violencia, él la insultaba mucho, nunca le pegó... Yo pensaba que la iba a matar y me ponía a llorar detrás de la puerta... Eso después dejó de suceder por completo... La doblé” (entrevista personal, 2019).

Es sugestivo que Paolo tolerara y hasta admirara el temperamento de Lucía, que podría atribuirse a cierta satisfacción porque su primogénita –pese a ser mujer– heredase su impetuosidad, opuesta a la presunta fragilidad femenina. Pero no admitía tal conducta en la esposa. Si bien ella era la principal destinataria de la violencia, practicarla donde los hijos/as podían percibirla suponía otro mecanismo de tormento hacia el conjunto familiar, que se corrobora en la reacción de la menor al sentir que su mamá acabaría muerta. Esas escenas, según Lucía, mermaron con el tiempo. ¿Hubo una sumisión absoluta hacia el marido? O ¿Fue una estrategia de preservación de sus vidas?

Ahora bien, la violencia propagada por Paolo tuvo secuelas específicas en su –por entonces único– hijo, que era varón pero no aquel brillante que esperaba. Tenía dificultades de aprendizaje que motivaron una humillación constante, pues Paolo había depositado en él las expectativas patriarcales que no pudo colocar sobre Lucía. La relación entre hermanos también era conflictiva. Los juegos terminaban con golpes y su corolario eran castigos, que elevaban la agresividad. Por último, el

## Florencia Cataldo Díaz

maltrato del padre permeó la relación con su mascota: “amaba los perros... Pero lo torturaba hasta que el perro gritaba. Le retorció la oreja y se cagaba de risa. Y a nosotros a veces nos hacía esas cosas... con otro límite” (Memoria Abierta, 2022). De este modo, la violencia era el eje articulador de los vínculos, variando sus formas de acuerdo a las circunstancias.

Otro rasgo que moldeó su personalidad fue relacionarse con “morochitos”, hijos/as de padres separados o de suboficiales que escapaban al estereotipo, aunque dentro de la endogamia militar. También la mala conducta y las críticas al catolicismo, la identificaron.

Como anticipé, la familia se desarrolló en distintas geografías según los destinos asignados al militar. A fines de los sesenta se trasladó a Córdoba, donde Paolo participó en la represión de la insurrección popular conocida como Cordobazo (1969). El siguiente traslado fue a la Capital Federal. Allí, en 1972, nació el tercer hijo, César. En 1974, se mudó a Mendoza donde se desempeñó como Jefe del sector de Operaciones del Comando de Brigada y luego como Jefe de Inteligencia, hasta 1978. En esos años nacieron los menores, Paco y Martín. Cabe resaltar que con ellos Paolo fue más benevolente, según Lucía por su edad más avanzada. Podría inferir que eso se potenció por la condición masculina de esos hijos, tras la doble desilusión de tener una primogénita mujer y un varón alejado de sus expectativas. En 1978 se mudaron a San Luis, donde Paolo conoció a Luciano Benjamín Menéndez, Comandante del III Cuerpo de Ejército y jefe de la Zona III, que organizó una revuelta fallida en la que él participó, obturando la posibilidad escalar en la cadena de mando. El último destino fue Bahía Blanca, entre 1980 y 1981, hasta su retiro en grado de Teniente Coronel (Legajo militar de Paolo). En 1982, la familia se mudó definitivamente en Buenos Aires.

La etapa de la adolescencia es recordada por Lucía entre las más felices. Creció entre dictaduras, aunque casi no tenía conocimiento por su corta edad, pero también por su entorno. Cabe resaltar que, para un sector social amplio, el regreso de los militares al gobierno representaba cierta normalidad pues había ocurrido en cinco ocasiones (1930/1943/1955/1962/1966) frente a las reiteradas crisis institucionales.

“Veníamos de viaje cuando fue el golpe... el 24 de marzo... mi viejo estaba escuchando las noticias y escucho los gritos ‘¡subimos, que somos gobierno carajo, somos gobierno!’ (...) Mi mamá se da vuelta y nos dice ‘¡asumieron los militares al gobierno! ¡Subió Videla!’. Y mi papá tocaba bocina en el medio de la ruta (...) Un horror” (entrevista personal, 2019).

Con apenas trece años, no entendía plenamente su significado. Mas, que recuerde la reacción de los padres, indica que la impactó. Sin embargo, lo cuenta con desazón por la ingenuidad de esa niña frente a la etapa iniciada en el país aquel día. ¿Qué noción tenía sobre el trabajo del padre? “Militar... un héroe que servía a la patria” (entrevista personal, 2019). Ese concepto coincidía con el discurso militar que se propagó desde 1976. Con premisas que demonizaban a los militantes

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

políticos, advertían que ponían bombas y planeaban destruir el mundo. Dicho discurso era reproducido dentro del hogar, el colegio, la Iglesia, entre los amigos/as; sofocando toda voz que lo contrariase.

Pero su rebeldía se robusteció al tiempo que crecía. Religión, género, clase, etnia y pareceres sobre el Ejército alimentaron discusiones familiares

“Desde la adolescencia tiré frases como: ‘el Ejército es un mal necesario’, que casi me matan... Me hacía más que ruido el machismo, que yo no tenía cómo nombrarlo... Siempre fui bastante masculina, se ve que no me quise ni me pude quedar en ese lugar de sumisión que veía en mi mamá. Y eso no lo combatieron tanto... fui muy, muy libre... pero... mi núcleo primario siempre eran... hijas de milicos. Por ahí me iba por la tangente con esas más hippies” (entrevista personal, 2019).

Polemizar sin razón aparente contra el Ejército, trasluce la necesidad de subvertir reglas. Por otro lado, el esfuerzo por diferenciarse del modelo de mujer materno la llevó a adoptar un semblante alejado de los estándares hegemónicos de belleza femenina. También agudizó sus críticas al catolicismo, rozando el ateísmo. Resulta llamativo el carácter permisivo del padre —contrario a la disciplina militar— aunque circunscripto al ámbito castrense, que generó sensación de libertad en Lucía.

También los comentarios discriminadores de Paolo —con tono jocoso— comenzaron a irritarla. “Con las mujeres no se puede laburar. Igual que con los rengos y con los negros. Siempre muestran la hilacha” (entrevista personal, 2019). Esa frase, pronunciada asiduamente, era discutida por Lucía. Pero más la indignaba que Mónica la convalidara, pues no toleraba que reprodujera esos valores. “He sido muy dura con mi mamá, pero... me daba motivos muy sobrados” (entrevista personal, 2019). Posiblemente, la unanimidad entre los padres la llevó a extremar el trato hacia ella.

Lucía solía reaccionar a las agresiones paternas, pero a sus dieciséis años, se impuso: “Le digo ‘a mí no me pegás más hijo de puta’ y lo empujo” (entrevista personal, 2019). Como detallé, Paolo se jactaba de su rebeldía, pero ese día ella franqueó una barrera y la respuesta fue la intensificación del maltrato hasta hacerle sentir que su vida peligraba. Desde niña, había deslizado trasgresiones en pequeña escala, pero el enfrentamiento verbal y físico cristalizaron la desobediencia a la ley del padre, que Paolo intentó abatir aplicando una violencia extrema.

Ahora bien, su personalidad encarnó un estigma. Desde pequeña, Paolo la apodó “la loca” —con pesar y cierta vanidad— justificando la desacreditación de sus conductas y pensamientos. Esa patologización se inscribe en una tendencia de largo aliento en la Historia que asocia con la locura a aquellas mujeres con conductas disruptivas respecto de la norma patriarcal (Chesler, 2020). La colocación de esa etiqueta sobre Lucía generó que no se esperara nada de ella aunque, probablemente, eso le otorgó el margen de acción y “libertad” referidos: al no haber expectativas sobre su persona, la disciplina fue menos severa.

### **El enlace dictadura-padre: indicios y disociación**

El comienzo de los ochenta, marcados por el reanudamiento democrático, representó para Lucía la entrada en la adultez. En esos años en que promediaba el secundario deseaba ingresar a la universidad. Al principio los padres la apoyaron, pero un día le advirtieron que era para varones y que debía dedicarse a formar una familia. Nunca supo los motivos de tal revés, pero actualmente lo vincula con la época en que empezaron a esclarecerse los crímenes dictatoriales, siendo el ámbito académico un semillero de ideas críticas. Es decir, la aparente libertad con que se crio –enlazada con la impunidad reinante en las filas castrenses– se recortó cuando dicha impunidad se resquebrajaba.

Finalmente, el proyecto de estudiar se truncó. En 1982 se casó con Juan —hijo de un coronel— y al año siguiente nació la primera de las tres hijas del matrimonio. En verdad, la motivación de ambos era irse de sus casas, pero el efecto fue opuesto al esperado. Apenas habían terminado el colegio, los padres los mantenían y Paolo les consiguió los primeros empleos. Así trabajó en la obra social de Fabricaciones Militares, pero al poco tiempo fue despedida por impulsar reclamos gremiales, trasluciendo su personalidad insumisa. En adelante, se dedicó a criar a las hijas: en 1987 nació la segunda y en 1990, la tercera. Recuerda sentir extrañeza dentro de la pareja, que rápidamente fue opacada por las emociones y la vorágine de la maternidad. También el deporte se convirtió en un refugio ante la complejidad de criar tres niñas y sostener un hogar con una situación económica precaria.

El 30 de octubre de 1983 salió con amigos/as a festejar el triunfo electoral de Raúl Alfonsín. No conocían los delitos perpetrados por la dictadura, pero sí que había sido devastadora económicamente. Poco a poco, adquirió una vaga idea mediante información que empezaba a circular en medios de comunicación y el Juicio a las Juntas, que celebró desde su inicio. Pero en su mente eso estaba disociado del “trabajo” de Paolo. Aunque, los cuestionamientos a la dictadura comenzaban a filtrarse. En un torneo interclubes de Volley en el Círculo Militar, escuchó el cántico popular “se va a acabar, se va a acabar, la dictadura militar”. Ella apoyaba ese lema, pero no comprendía su implicancia.

Su papá rara vez hablaba de política, salvo cuando lo visitaban amigos militares. Pero un día, por 1984, se desató un nerviosismo singular cuando un sobrino lo exhortó a que reconociera que a los militares “se les fue la mano” en la represión dictatorial. Golpeando la mesa, respondió: “¡A mí nadie me va a cuestionar nada, porque si estos hijos de puta vuelven yo me vuelvo a calzar la capucha y salgo a hacerlos mierda!” (entrevista personal, 2022). Con ello explicitó su participación, generando confusión en Lucía que inmediatamente borró esa frase de su mente. Sin embargo, que décadas después emergiese ese recuerdo denota la conmoción que le provocó. Sólo una vez se atrevió a preguntarles a los padres sobre el tema y las respuestas vacilaron entre: “**en toda guerra hay excesos**”, “en Mendoza no fue para tanto”, “no era posible controlar todo lo que hacían los suboficiales”. Esas justificaciones resultaron un insumo que antepuso frente a comentarios críticos

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

que empezaba a oír. No podía exteriorizarlo, pero su incomodidad se refleja en la oscilación entre defender la democracia, interrogar a los padres y reproducir discursos castrenses; junto con el recuerdo de sentir un sinsabor que aún hoy le cuesta poner en palabras.

Durante los noventa –signados por las leyes de Punto Final (1986), Obediencia Debida (1987) y los indultos (1989-1990)–, la tensión familiar aumentó. Hubo meses en que Lucía no les dirigió la palabra. Por esa época, alguien le reveló la responsabilidad paterna en la dictadura y que había hijos e hijas de desaparecidos/as que lo repudiaban. Llamativamente, no recuerda cuándo ni quién era ese sujeto; mas sí la noticia que la aturdió. Imaginaba que Paolo estaba involucrado, pero no tenía información. En otras palabras, su sospecha descansaba en la falta de datos. Aquí se traslucen los límites de la memoria, en tanto “la represión y la disociación actúan como mecanismos psíquicos que provocan interrupciones y huecos traumáticos en la narrativa” (Jelin, 2002:29). Con tono desafiante, respondió que era responsabilidad del Estado y le exigió que no la inculpara. Esa reacción exhibe su fastidio ante la aparición de indicios y la imposibilidad de responder. A su vez, se corresponde con el mandato de silencio, en este caso implícito, que subyacía en los valores familiares y se hizo carne en el temor y la vergüenza anclados en el afecto, que operaron como acalladores.

### Negación y despertar

1994 fue un año bisagra: a los treinta y uno, Lucía se separó y se asumió lesbiana. Poco después formó pareja. Por esos años había empezado a practicar pádel y en un torneo con clubes barriales —fuera del Círculo Militar— conoció a un grupo de mujeres lesbianas, que la asomó a un mundo desconocido que la interpeló. Su insubordinación característica se multiplicó al fracturar la alianza indisoluble del matrimonio cristiano y reconocerse lesbiana. Comenzaba a salir de la endogamia militar. Mas ese proceso estuvo invadido por una sensación de desborde: empezaba a sentirse plena, pero la homofobia dominante le impedía conciliar su vida en pareja con la familiar, especialmente cuando Juan la amenazó con quitarle las hijas. Sugestivamente, sus progenitores aceptaron su condición sin mayores objeciones, priorizando la unión familiar. Por ese entonces, se acercó a ellos/as. En un almuerzo les agradeció por su rol como padres, disculpándolos por sus errores. “Era una etapa mía bastante *new age* y necesitaba hacer un acuerdo de paz” (comunicación por Whatsapp, 13/02/2023). La adversidad que enfrentaba parece haber generado necesidad de hallar refugio en su núcleo primario. Pero la armonía duraría poco.

Ahora bien, la paradoja de la ruptura con la endogamia militar fueron las dificultades económicas. En esos años trabajó vendiendo seguros, haciendo publicidad y como remisera; pero la situación continuaba siendo inestable y Juan no le proveía una manutención suficiente. Por consiguiente, decidió volver temporariamente con sus hijas a vivir en casa de los padres. Paolo y Mónica las

cuidaban cuando salía, afianzando un vínculo afectuoso con las nietas por demás distinto al construido con su hija.

Al tiempo que su flamante relación amorosa se tornó conflictiva, Lucía se acercó a otras compañeras de pádel ligadas a la militancia feminista, a la que se incorporó. Pero la exclusión social padecida penetró el movimiento Lesbianas, Gays, Bisexuales y Trans (LGBT), donde un sector de mujeres la apartó por haber estado casada. Recién en 1998, pudo asistir a un centro cultural que ofrecía talleres para “madres lesbianas”. Dicho espacio la acercó a lecturas que le permitieron intelectualizar las críticas que venía realizando, e introducirse en el activismo lesbo-feminista en una época que, pese a estar teñida por la banalización de la política, desde el colectivo LGBT proyectaron las leyes de inclusión conquistadas en las décadas siguientes, entre ellas Matrimonio Igualitario (2010) e Identidad de Género (2012). También comenzó a revisar los valores de la familia militar, afinando su mirada. Cabe señalar que nunca integró una agrupación político-partidaria, aunque tuvo acercamientos al peronismo y la izquierda, pues era más cercana al anarquismo.

Por entonces accedió al “Nunca Más”, sin conseguir leerlo. Es notable que, nuevamente, no recuerde el momento ni las circunstancias en que lo hizo. De modo similar reaccionó cuando, a finales de los noventa, un amigo le advirtió que el nombre del padre figuraba en un libro, aunque él no se acordaba el título. Lucía le insistió infructuosamente para obtener ese nombre, sin emprender una investigación propia. El cruce con indicios se volvía cada vez más frecuente, en el contexto del nacimiento de H.I.J.O.S (1995)<sup>8</sup> y la apertura de canales de lucha alternativos (como marchas y escraches) por parte de los organismos de DD.HH, pero su mente se empeñaba en esquivarlos.

A comienzos del nuevo milenio, la vida familiar y sexo-afectiva se amalgamaron. Lucía les contó a sus hermanos y sus hijas que era lesbiana.

“Iba con mis parejas a casa. Nadie me preguntaba nada... Los fines de semana... venían las tortas amigas mías; los Generales y Coroneles, amigos de mi viejo; amigos de mis hermanos –que eran todos músicos–... algunos militaban en H.I.J.O.S” (entrevista personal, 2022).

Esa mixtura entrevé, por un lado, la aceptación familiar y, por otro, la continuidad de cierta libertad sobre los hijos/as del matrimonio que recibía a amigos/as suyos con orientaciones sexuales y políticas disímiles, que motivaban debates variopintos. Esa “libertad” disonante con el orden cristiano y castrense ¿se relacionó con la impunidad reinante en la época?

Al calor de la etapa abierta con la reactivación de los juicios, surgió el diálogo entre Lucía y los hermanos menores —ya adultos—, músicos, con una militancia desde el arte afín al kirchnerismo. Ellos conocían los hechos históricos con mayor precisión que Lucía, pero tenían más vedado el nexo dictadura-padre. Este acercamiento

---

<sup>8</sup>Organismo de DD.HH compuesto por hijos/as de desaparecidos/as.

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

desempolvó la pregunta por su rol en la represión, que fue acallada por respuestas tranquilizadoras, especialmente entre los varones.

Por entonces, se contactó telefónicamente con organismos de DD.HH mendocinos. “Les decía quién era y dónde estaba parada y me decían ‘ehh...’. Creo que no me podían ubicar en ningún lado” (entrevista personal, 2022). Esas reacciones reflejan los límites de escucha social de la época, incluso entre los organismos, y la imposibilidad de hallar cobijo allí. Pero también los suyos pues, habiendo dado un paso significativo, ante la respuesta inconclusa no redobló la apuesta.

Paralelamente, cuando la hija menor egresó del secundario en 2007, decidió dedicarse a lo que le gustaba. Empezó a trabajar en una fundación para personas con capacidades diferentes y a formarse como acompañante terapéutica. Hizo cursos vinculantes del tango y la danza como herramientas integradoras. Hasta que, un día, le comentó a una compañera —que era realizadora— sus ganas de filmar un documental. Sentía que había un estigma sobre esa población, que no había sido representado. El entusiasmo fue tal que decidieron montarlo y buscar financiamiento. Mientras continuó capacitándose, al tiempo que incursionaba en lecturas sobre género e Historia del siglo XX y afianzaba su militancia feminista en la Casa del Encuentro. Su sensibilidad social encontraba una veta artística.

### **(Des)cubrir al padre-genocida**

Era un domingo de diciembre de 2008 en el quincho de la casa familiar de la localidad bonaerense de Pacheco. Sumaban treinta personas entre amigos y parientes. La reunión transcurría sin sobresaltos, hasta que llegó un camión de la Penitenciaría con orden de detener a Paolo. “Mi vieja lloraba, mi hermano lloraba, los chicos corrían... En el fondo de mi ser decía ‘se está haciendo justicia’” (entrevista personal, 2019). Lucía quedó perpleja pero, aún sin certezas, sintió que era justo que lo apresaran; trasluciendo que ya no se fiaba de la versión familiar.

Desde el inicio del primer juicio que involucró al padre, en Mendoza en 2010,<sup>9</sup> que tuvo repercusión mediática por incluir el juzgamiento por el homicidio del periodista y militante Francisco “Paco” Urondo; la soledad y la angustia la asediaron. “No paraba de buscar información y terapeuta... Fue muy, muy traumático” (entrevista personal, 2022). La averiguación desenfundada de datos denota su convicción, con cuarenta y siete años, por conocer la verdad como nunca antes. Accedió a testimonios de sobrevivientes, libros y documentales que confirmaron que Paolo era uno de los máximos responsables de la represión en Mendoza. El freno a la pesquisa lo impuso su propio cuerpo, que manifestó efectos negativos en la salud. Pero ese giro inauguró la asunción de un comportamiento activo y atento a comprender en profundidad el desempeño paterno durante la dictadura y sus consecuencias. Aquellas preguntas iniciales y atisbos de obtener información devinieron progresivamente en un posicionamiento ético-político de repudio a los delitos de Paolo, que imprimió un carácter solitario al no verse

---

<sup>9</sup>Sentencia N°1326, autos N°001-M, caratulados: "Menéndez Sánchez, Luciano Benjamín y Otros, 6/10/2011.

incluida en la lucha colectiva del movimiento de DD.HH. Sin embargo, es crucial atender a la incidencia de dicho movimiento en ese recorrido, que conduciría a una ruptura con el padre-genocida, mediante la penetración en su vida a través de cánticos antidictatoriales, el “Nunca Más”, el repudio de H.I.J.O.S y, especialmente, la detención del padre. Ahora bien, ello fue posible en una coyuntura política y jurídica particular, coadyuvada por los avances digitales que facilitaron el acceso a información, y su adultez. Aunque también operó algo del orden personal, cuyo análisis excede a la disciplina histórica, que la acercó a ámbitos alternativos permeados por políticas de DD.HH volviendo inteligible ese proceso.

Durante el juicio, la salud de Paolo desmejoró: le detectaron problemas cardíacos, cáncer y demencia senil. El proceso concluyó en 2011 con su absolución pero, en 2012, la Cámara de Casación lo condenó a cadena perpetua y le concedió prisión domiciliaria: “Esa situación es una mierda... te meten al condenado dentro de tu casa y vos transitás tu vida intrafamiliar como si nada” (*Revista Haroldo*, Buenos Aires, 04/04/2018). Dicha modalidad de arresto dificultó aún más la asimilación de la condición genocida, alimentando la negación, al transcurrir sin demasiadas alteraciones la cotidianeidad hogareña.

Pese a la aparente normalidad, los vínculos familiares sufrieron alteraciones. Las diferencias ideológicas entre Lucía y la mamá se profundizaron, endureciéndose los reclamos de la “desobediente”. Pero en una ocasión fue Mónica quien la increpó. “Me interpeló: ¿por qué me pasaba yo de bando? Fue una discusión horrible... No podía creer que la juzgada fuera yo” (*Público*, Madrid, 23/03/2021). Lucía sabía que Mónica no era responsable de los delitos del progenitor, pero su amor hacia ella volvió inaguantable su discurso y –sobre todo– que la arengara tras oír declaraciones de testigos en el juicio. En efecto, el repudio al padre-represor se tornó un cuestionamiento a la mamá, condensado en gritos, insultos y la mención de testigos y documentales que había visto; mientras Mónica lloraba. ¿Conocía el accionar del esposo con antelación? ¿Era tal el sometimiento que le impidió imponerse? No es posible corroborarlo, lo cierto es que su actitud perturbó el vínculo madre-hija. Habían discutido antes, pero esta vez había datos irrefutables y Lucía no estaba dispuesta a desconocerlos. Pasaron meses sin hablarse, aunque tenían sentimientos encontrados. ¿Era Mónica otra víctima de Paolo?

Con los hermanos la situación fue particular. Jorge –fallecido en 2016– apoyó al padre, resultando imposible conversar con él. Los menores rechazaban los crímenes, pero tuvieron una reacción usual entre los hijos e hijas de genocidas: disociar al padre del represor (Basile, 2019). Ese mecanismo le resultaba inviable a Lucía, pero que obrara en ellos ahondó su soledad. A esas diferencias para procesar la verdad se sumaban –sostuvo– las generacionales y su estigma familiar, pues crecieron oyendo que estaba loca. Una tercera variable remite a la dimensión de género, que abordaré luego.

Al tomar posición sobre los delitos paternos frente a su entorno familiar, Lucía se convirtió en lo que Peller (2022) llamó “hijas aguafiestas”, es decir, aquellas hijas políticamente problemáticas que arruinaron la felicidad familiar al no cumplir con

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

el papel asignado de reproducir los saberes familiares. Retomando la crítica de Sara Ahmed (2019) a los mandatos de felicidad como legitimadores de “modos correctos de vivir” es posible presumir que, al manifestar su malestar y desacatar roles instituidos, Lucía vulneró el idilio familiar y perturbó los discursos establecidos desde el ámbito castrense sobre la memoria del pasado reciente en Argentina; surtiendo efectos sobre sus lazos primarios. Sin embargo, –siguiendo el planteo de la autora– lejos de ser un obstáculo a superar, esa incomodidad resulta una expresión de las relaciones de poder subyacentes que conlleva un potencial político, constituyéndose en huella de irreverencia que desafió a Lucía a imaginar otros mundos posibles.

La afección de los vínculos también se propagó hacia sus hijas que –como detallé– tenían un lazo entrañable con los abuelos. Con el tiempo, logró hablarles y que las comprendieran, aunque al igual que los tíos escindían al abuelo del genocida. En cuanto a sus nietas, sus cortas edades aún no las enfrentan a tal dilema. Con la familia paterna perdió contacto. Con la materna, en cambio, conserva algunas relaciones priorizando el lazo por sobre posicionamientos ideológicos diversos.

Lo examinado revela que la impronta genocida paterna atraviesa las identidades de las generaciones posteriores. Siguiendo a Ludmila Da Silva Catela (2005), entiendo a la identidad como un hojaldre compuesto por capas yuxtapuestas (ligadas a la transmisión biológica, a aquellas socialmente dadas y las adquiridas en función de una trayectoria). La antropóloga afirma que no existe una identidad verdadera frente a otras falsas y que su redefinición es permanente frente a hechos del presente, permeados por tiempos sociales, jurídicos y políticos; que reacomodan las experiencias pasadas. Paradójicamente, el dato genético adquiere un *status* central en la articulación de los vínculos en nuestra sociedad; pero no puede abstraerse de las experiencias producto de decisiones, que también modulan la identidad. El proceso transitado por Lucía le implicó una “reelaboración identitaria” que configuraría nuevos significados enlazados en múltiples dimensiones constituyentes de su identidad. La salida de la endogamia castrense y el contacto con pares generacionales ajenos al mundo militar (atravesados por los discursos de memoria, verdad y justicia) la acercaron a la militancia feminista y la advirtieron sobre el accionar paterno en la represión. Su enlace con el acceso posterior a relatos de víctimas e información vinculada a la causa judicial que involucró al progenitor, allanaron el camino de reelaboración. Una clave que le dio particular impulso fue la asunción de la postura ético-política arriba detallada, que cobró fuerza con la detención del padre. A medida que aumentaba su conocimiento sobre los hechos, empezaba a reconocerse como hija de un perpetrador modificando el modo de narrarse a sí misma. A su vez, el afianzamiento de su repudio se convirtió en otro rasgo identitario.

En la última década, Lucía se desarrolló como realizadora documental y en 2011 estrenó su primera película “Mucho para dar”. Encontrar su vocación venció la frustración de no haber ingresado a la universidad. En 2014 estrenó “Tango

Queerido”, inspirado en su participación en la milonga porteña “Tango Queer”,<sup>10</sup> que fue seleccionado en festivales internacionales. Su intención era hacer un trabajo modesto, pero algo modificó el curso del proyecto y de su vida: en esa milonga conoció a Josefina, su actual esposa. Alemana, hija de un médico del Ejército nazi que participó en la Segunda Guerra Mundial. Como diseñadora y curadora de arte, se incorporó en la producción del film. Mientras tanto, afianzaron su relación y en 2015 se casaron. Es sugerente que sus vidas con historias familiares análogas se encontrasen. Podría conjeturar que en ese vínculo Lucía –que transitaba un camino adverso tras conocer la condición genocida paterna– halló empatía.

Pero 2013 marcó otro quiebre. Había viajado a Francia a visitar a una de sus hijas que vivía allí. En un supermercado de las afueras de París, el azar la cruzó con Marta que, al escuchar su tonada argentina se acercó. Le contó que su marido desapareció en Mendoza en 1977 y los horrores padecidos durante su búsqueda. Al observar la cara de Lucía, le preguntó qué le pasaba. Cuando ella reveló quién era su papá, la mujer huyó. Lucía salió a correrla, gritando que no estaban “en veredas opuestas”. Al escucharla, Marta volvió. “Se había puesto a la defensiva... **Me contó su calvario**... Quedamos muy vinculadas... Me había dado un montón de datos... Ahí dije: ‘Yo tengo que hacer el intento de interpelarlo’” (*Infobae*, Buenos Aires, 15/12/2018). Ese encuentro era su primer contacto con una víctima. A diferencia de los diálogos previos con otros sujetos que la acercaron al mundo de la represión dictatorial, arriba detallados, aquí puede percibirse una escucha permeable y una actitud orientada a ampliar su conocimiento, que encuentra relación con la posición ético-política asumida. Si bien tuvo que lidiar con el preconceito que homologa a familiares de genocidas bajo el rótulo de complicidad, al explicarle su posición, tras la cual Marta la entendió y tejieron un lazo empático que además le proveyó información. Lucía conocía los delitos del padre, pero ese intercambio le otorgaron una entidad concreta que resultó el puntapié para dar un paso más.

De regreso a Buenos Aires lo interrogó, abrigando la esperanza de obtener datos de víctimas

“Se iba poniendo lívido primero y trataba de ser comprensivo, y lo que decía era un horror, justificándose. Barbaridades. No, eso fue horrible y, bueno me terminó echando de la casa... ‘Si volviera a nacer, haría lo mismo que hice’. ‘Sos siniestro’, le digo” (entrevista personal, 2019).

Paolo no hizo más que reafirmar su convicción. Frente a esa respuesta, Lucía lo regañó advirtiéndole que si hubiese sido unos años mayor estaría desaparecida por ser militante y lesbiana; afirmación que no fue desmentida. Mónica no logró anteponer palabra frente al llanto, pero la permanencia junto al esposo ratificó su posición. La discusión terminó escabrosamente cuando Paolo echó a Lucía. Había digerido la transgresión de su hija a la ley del padre, incluso, a los mandatos de

---

<sup>10</sup>Espacio de danza popular, alejado del sexismo y los roles tradicionales de género que caracterizan la milonga.

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

género tras reconocerse lesbiana; pero su desobediencia al mandato de silencio marcó un límite que generó una reacción inédita en él. Mas la unidad familiar volvió a primar: poco después, le pidió que regresara. Pese a ello, el contacto de Lucía con una víctima mendocina que le permitió corporizar lo sabido sobre el accionar represivo paterno y la ratificación de la falta de arrepentimiento de Paolo, sellaron el quiebre del vínculo padre-hija.

Un sentimiento de culpa mortificaba a Lucía. Por portar un lazo filiatorio con un represor, por no darse cuenta antes, por interpelar a un anciano y, en efecto, por no haberlo hecho previamente. En ese recorrido sinuoso, el cobijo en sus ámbitos de militancia fue nodal; especialmente el de algunos hijos e hijas de personas desaparecidas

“Cuando lo hablaba con cualquier otra persona, incluso gente de mucha militancia... se iban, cambiaban de tema... Lo contaba a algunos hijos de desaparecidos, les digo... ‘podés creer que yo cuando...’. ‘Sí, te entiendo’, me dice. ‘A mí me pasó lo mismo’. Había un montón de cosas en común” (entrevista personal, 2019).

La imposibilidad de continuar dialogando tras revelar su filiación, marca los márgenes de escucha de la época y la dificultad para ubicar socialmente a estos sujetos. ¿Cómo se explica que fueran hijos e hijas de desaparecidos quienes cruzaron esa frontera? Si bien sus experiencias y las de hijos e hijas de genocidas son disímiles, guardan al menos dos nexos: sus identidades fueron trastocadas y pertenecen a generaciones contiguas. Otros elementos comunes tienen con quienes además son nietas y nietos restituidos por Abuelas: la crianza en la familia castrense/policial, la inoculación de sus valores y, particularmente, del imperativo de silencio. Podría conjeturar que esos rasgos distintivos de las demás víctimas, motivaron el contacto con Lucía.

### **Irrupción “desobediente”**

Corría el 2016, cuando Lucía entró a una librería y se topó con el libro “Hijos de los 70” (2016), que reúne relatos de hijos e hijas de: desaparecidos, ex-militantes, asesinados por organizaciones armadas y condenados por delitos de lesa humanidad. Al leerlo, un testimonio la impactó: el de Analía Kalinec, hija de un represor, cuyas similitudes con su historia la identificaron. En seguida, la buscó en redes sociales. Un sentimiento fraternal las fundió y rápidamente emprendieron una lucha mancomunada en repudio al padre-genocida, por la senda de los DD.HH. Al año siguiente, marcharon contra el 2x1. Días después, Revista Anfibia publicó una entrevista a Mariana Dopazo (*Anfibia*, Buenos Aires, 12/05/2017), hija del represor Miguel Etchecolatz; que llegó a otros hijos e hijas que la comentaron en las redes. Inmediatamente, los contactaron y el 25 de mayo formaron HD. Se abrió un camino inédito, que transformaría su vida. La propagación de notas periodísticas otorgó visibilidad al colectivo, que estrechó lazos con víctimas, agentes de organismos de DD.HH y juristas; forjando una red de apoyo. Si bien Lucía militaba previamente (para ese entonces en el Movimiento Feminista de

Tango y en Mujeres audiovisuales), HD le brindó un núcleo de pertenencia, convirtiéndose en un pilar emocional junto con Josefina que también se incorporó al colectivo. Además, la autopromoción de HD como organización de acción política sentó su posición como agente de transformación. Abrevando de las perspectivas feministas críticas del “victimismo” que sostienen que éste cancela el agenciamiento de las mujeres y las desliga de su propia ambivalencia (Lamas y Palumbo, 2023), es posible afirmar que los y las “desobedientes” como Lucía se despojaron del ropaje victimista, al asumir un rol activo desde las zonas emocionales y morales ambiguas y complejas en que se ubican, tensionando lecturas binarias sobre la responsabilidad colectiva en los episodios de violencia del pasado reciente (Peller, 2022).

No obstante, la conmoción de Lucía se enredaba con la contradicción de hacerse conocida por ser hija de genocida. Aunque, más la martirizaba exponer a su familia: “No podía parar de llorar, porque era... todo el tiempo revivir el horror y las contradicciones... Mis viejos estaban vivos... Fue un proceso de mucho... alivio por un lado y... dolor por otro” (entrevista personal, 2019). Este pasaje resume la miscelánea de sentires que la atravesaron. La incomodidad de irrumpir públicamente se acentuó por estar sus padres vivos (atípico entre los y las “desobedientes”), pero más la afligía involucrar a su mamá y hermanos. Ese sufrimiento empañó la alegría inicial por hallar un grupo de pares; mas no resultó un freno si se atiende a su activismo en HD y la constelación de entrevistas sobre su historia publicadas desde entonces.

El 2017 también marcó otro punto de inflexión porque Paolo fue condenado en la Megacausa Mendoza.<sup>11</sup> En ese contexto, Lucía volvió a comunicarse con los organismos mendocinos, esta vez como miembro de HD. Su llamado fue respondido por Graciela Leda, sobreviviente emblemática por sus declaraciones en juicios. Comenzaba a vincularse con integrantes de esas agrupaciones, víctimas del padre. En 2018 viajó para conocerlos/as. “Fue un encuentro muy reparador... que alivió... el tremendo dolor que implica saber que tu padre formó parte de ese exterminio” (Kalinec, 2018:90). Demostrarles que, pese a su sangre, se encontraba ideológicamente en las antípodas del progenitor conlleva un valor inestimable. Incluso construyó un vínculo fraternal con Graciela y en 2019 fue invitada con HD, a presentar su primer libro “Escritos Desobedientes”. Al tiempo que la estructura familiar se agrietaba, hallaba refugio entre las víctimas. Pero, notablemente, el cambio de actitud de los organismos se produjo luego del surgimiento del colectivo, que brindó un marco de legitimidad social inédito en una coyuntura precisa. De este modo, el pasaje de la construcción de su posicionamiento ético en soledad a un activismo colectivo marcó un nuevo pliegue en el proceso de reelaboración identitaria de Lucía que –desde entonces– adoptó la etiqueta de ‘hija de genocida’, acuñada desde HD, para nombrarse públicamente y estrechó lazos

---

<sup>11</sup>Juicio más extenso de Mendoza (2014-2017). Culminó con doce condenas a perpetua, incluyendo ex-jueces.

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

con víctimas del padre; desarrollando una militancia que empalmó con la de los organismos de DD.HH.

¿Cómo devinieron las relaciones familiares tras la aparición pública de Lucía? Paco y Martín apoyaron su iniciativa. César le preguntó con hastío por qué se exponía pero, tras una conversación entre hermanos/as, logró entenderla. Tiempo después, los tres se incorporaron a HD, siendo una excepción dentro del colectivo compuesto por casos aislados en sus familias. Esa unidad se fortaleció al compartir también el mundo artístico, que resultó una vía de expresión/resistencia que se replica en varios/as desobedientes. Ahora bien, no es casual que fuese la mujer quien tomase un rol más activo en HD. Podría vincularse con la doble opresión femenina señalada, que surtió efectos diferenciales en ella, devenidos en cuestionamientos. A su vez, la masividad del Ni una Menos –cimentado en la lucha contra el patriarcado y la violencia machista– que visibilizó la dominación sufrida por las mujeres en las tramas poder familiares y sociales (Peller, 2021), interpeló a algunas hijas de genocidas convocándolas a expresarse. Pero, aunque su posicionamiento pudo apuntalar los de los hermanos, en ellos operó algo del orden íntimo, que previamente los acercó al horizonte de los DD.HH y los condujo a edificar un pensamiento crítico.

Paolo y Mónica también fueron advertidos por su hija sobre su exposición pública. Lucía y la madre lograron preservar su vínculo, omitiendo el tema. El lazo padre-hija, en cambio, no pudo recomponerse “De grande pude perdonarlo como padre. Y bueno, cuando pude perdonarlo... empecé a confrontarme con lo que había hecho... Quería quererlo... pero él hacía todo lo posible para que no pudiera” (entrevista personal, 2022). Cuando fue adulta –relata con nostalgia– se esforzó por construir un vínculo diferente. Pero conocer su condición genocida truncó esos intentos. Pudo disculpar al padre, mas no al represor.<sup>12</sup> Lo que lo impidió no fueron sus delitos, sino la falta de arrepentimiento que sostuvo hasta diciembre de 2019 cuando falleció. Más allá de las múltiples implicancias que conlleva la muerte de un padre, para los y las “desobedientes” significa cercenar definitivamente el anhelo de hacerlos romper el pacto de silencio. Asimismo, reconoce que –aún hoy– no termina de procesar los efectos de saberse hija de genocida. ¿Es posible alcanzar la superación plena? Resulta complejo responder esta pregunta pero, ciertamente, las estrategias individuales y colectivas desplegadas contribuyeron a mitigar el dolor y afrontar ese sendero.

Por último, diferencias internas sobre la organización colectiva produjeron la escisión de HD, en 2021, dando origen a una nueva agrupación: Asamblea Desobediente. Lucía, una de sus fundadoras, continúa desde allí su activismo en rechazo al padre-genocida en defensa de los DD.HH.

## Conclusión

---

<sup>12</sup>Aunque nunca perdieron contacto. Su delicado estado de salud y las presiones familiares hicieron que Lucía lo asistiera, rescatando el valor imperante de unión familiar.

Analizar la experiencia de Lucía permitió conocer algunos efectos de la dictadura al interior de la familia militar y sobre un sujeto escasamente abordado. Desde su niñez forjó una personalidad desobediente, que cuestionó roles familiares y de adulta la condujo a insertarse en ámbitos alternativos, afines a los DD.HH. Éstos le brindaron herramientas teóricas que le permitieron refinar sus críticas acerca del sometimiento femenino y ampliar sus saberes sobre la dictadura. Pero los juicios constituyeron una fuente de prueba que trascendió apreciaciones personales susceptibles de ser desestimadas, tornando inevitable atender a lo procuraba negar. A su vez, la penetración de políticas de DD.HH en los ámbitos educativos y de militancia feminista, allanaron su camino. Ahora bien, existieron elementos de orden íntimo que la acercaron a dichos espacios, volviendo permeables esas ideas. Pero la demora en asociar al padre con la represión, pese a su rebeldía, expone la complejidad que encarna dicho proceso cargado de contradicciones y dilemas éticos, que conlleva una reelaboración identitaria que continúa en el presente. En cuanto a su aparición pública y colectiva, el empalme de los factores arriba señalados con el Ni una Menos y el 2x1 –acompañados por avances tecnológicos y su adultez–, brindaron un marco de posibilidad y escucha social inédita, que supo capitalizar.

Asimismo, fue posible detectar la impregnación de lógicas castrenses en la dinámica familiar. En tal sentido, se observa cierta continuidad entre el modo de Paolo de vincularse con su familia, caracterizado por repentinos cambios de humor que combinaban protección con violencia inusitada; y el de los represores con los detenidos-desaparecidos en centros clandestinos, definido por la oscilación entre crueldad extrema y gestos humanitarios, como estrategia de tormento (Calveiro, 1998). Relatos de otros/as “desobedientes” señalan conductas paternas análogas a la lógica represiva, como la ejecución de tareas de inteligencia sobre sus círculos sociales o la eliminación de quien piensa distinto; que vislumbra que esa continuidad no resultaría excepcional. Estos y otros aspectos desarrollados ofrecen claves para pensar la figura del represor desde una perspectiva integral, hasta entonces poco investigada; y algunas líneas vinculadas al rol de las madres-esposas, menos indagado aún.

Por último, exploré formas disímiles de procesar el descubrimiento del padre-genocida en una misma familia y los derroteros de sus vínculos; complejizando el imaginario que unifica a los parientes de represores bajo el rótulo de complicidad.

Lo examinado demuestra que el conocimiento de los y las “desobedientes” del accionar paterno en la dictadura derivó del enlace de recorridos personales con la consolidación de la lucha de los organismos de DD.HH; y que tales elementos posibilitaron la asunción de un posicionamiento ético-político político afín a los derechos humanos en repudio al padre-genocida, transitado en soledad al no hallar cobijo inicialmente en la experiencia colectiva del movimiento de DD.HH; que devino en la creación de HD. ¿Qué llevó a Lucía a erigir una personalidad disidente? ¿Qué similitudes y diferencias tiene su trayectoria con las de otros hijos e hijas?

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

Preguntas como estas señalan el carácter provisorio de la conclusión, e invitan a explorar nuevas aristas.

### Bibliografía

Ahmed, S. (2019). *La promesa de la felicidad. Una crítica cultural al imperativo de alegría*. Buenos Aires: Caja Negra.

Alonso, L. (2022). *Que digan donde están. Una historia de los derechos humanos en Argentina*. Buenos Aires: Prometeo.

Andújar, A. (2014). *Rutas argentinas hasta el fin. Mujeres, política y piquetes (1996-2001)*. Buenos Aires: Luxemburg.

Bacci, C. y Oberti, A. (2022). *Testimonio, género y afectos. América Latina desde los territorios y las memorias al presente*. Córdoba: Eduvim.

Barone, R. "Las voces que se insubordinan", *Revista Haroldo*, 4 de abril de 2018. Recuperado de: <https://www.revistaharoldo.com.ar/nota.php?id=295>

Basile, T. (2019). *Infancias. La narrativa argentina de H.I.J.O.S.* Buenos Aires: Eduvim.

Calveiro, P. (1998). *Poder y Desaparición*. Buenos Aires: Colihue.

Calveiro, P. (2005). *Familia y poder*. Buenos Aires: Libros Araucaria.

Chesler, P. (2020). *Mujeres Y Locura*. España: Continta Me Tienes.

Colanzi, L. (Ed.). (2019). *La desobediencia. Antología y ensayo feminista*. Santa Cruz: Dum Dum editora.

D' Antonio, D. (2003). *Mujeres, complicidad y Estado terrorista. Estudios Críticos sobre Historia Reciente. Los '60 y '70 en la Argentina*. Buenos Aires: IMFC.

Da Silva Catela, L. (2005). "Un juego de espejos. Violencia, nombres, identidades. Un análisis antropológico sobre las apropiaciones de niños durante la última dictadura militar argentina". *Telar*, 2(3):125-140. Recuperado de: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5628338>

Feierstein, D. (2007). *El genocidio como práctica social*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

## Florencia Cataldo Díaz

Ferré y Ferré, M. & Bravo, H. (2020). *Los agujeros negros de la dictadura*. Buenos Aires: La Vanguardia.

Goldentul, A. (2021). “Doblegar la bronca y aprender”. *Activismo de la agrupación Hijos y Nietos de Presos Políticos en un entramado político-cultural de los derechos humanos en disputa (2008–2017)*. Tesis doctoral, FSoc-UBA.

Guglielmucci, A. (2020). “Historias Desobedientes. Memorias de hijos y nietos de perpetradores de crímenes de lesa humanidad en Argentina”. *Revista Colombiana de Antropología*, 56(1):15–44. <https://doi.org/10.22380/issn.2539-472X>

Guglielmucci, A. (2021). Memoria pública sobre el terrorismo de Estado en Argentina: gestión, autoridad narrativa y derechos en disputa. *Revista de Antropología Social*, (31):33-45.

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. España: Siglo XXI.

Kalinec, A (Comp). (2018). *Escritos desobedientes*. Buenos Aires: Marea.

Lamas, M. y Palumbo, M. (2023). *Deseo y Conflicto. Política sexual, prácticas violentas y victimización*. Buenos Aires: FCE.

Mannarino, J. & Cosso, F. “Marché contra mi padre genocida”, *Anfibia*, 12 de mayo de 2017. [revistaanfibia.com/marche-contrami-padre-genocida/](http://revistaanfibia.com/marche-contrami-padre-genocida/)

Ollier, M. (1998). *La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria argentina*. Buenos Aires: Ariel.

Palermo, V.; Rozenwurcel, G. & Aguiar, H. Hacer de la memoria un patrimonio común. *La Nación*, 24 de marzo de 2016, p. 26.

Peller, M. (2021). El género de la desobediencia: resistencias al legado familiar en las hijas de represores en Argentina. *Cuadernos del CILHA*, 34:1-26. <https://doi.org/10.48162/rev.34.011>

Peller, M. (2022). Una memoria impura. Dilemas y potencias del testimonio de las hijas e hijos de represores en la posdictadura argentina. *RevIISE-Revista de Ciencias Sociales y Humanas*, 20(20), 149-161. <https://ojs.unsj.edu.ar/index.php/reviise/article/view/868>

Pollak, M. (2006). *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.

Romero, L. A. (2015). “De la justicia a la venganza. Los Juicios a las Juntas de 1985 y los recientes juicios por delitos de lesa humanidad”. En *Foro de práctica profesional*. Santa Fe, 35-44.

## ¿Cómo se construye la desobediencia? La experiencia de una hija de genocida

Rousseaux, F. & Segado, S. (eds.). (2018). *Territorios, escrituras y destinos de la memoria. Diálogo interdisciplinario abierto*. Buenos Aires: Tren en movimiento.

Salvi, V. (2010). *De vencedores a víctimas*. Buenos Aires: Biblos.

Salvi, V. (2023). El dispositivo dialógico. Límites de lo decible en las disputas memoriales en Argentina. *Secuencia* (117). <https://doi.org/10.18234/secuencia.v0i117.2087>

Scocco, M. (2017). Historias Desobedientes. ¿Un nuevo ciclo de memoria? *Sudamérica*, 7:1-28. <https://fh.mdpg.edu.ar/revistas/index.php/sudamerica/article/view/2532>

Tarducci, M. (2021). “El feminismo para mí fue reencontrar la política’. El exilio, un espacio para pensarse como mujeres”, *Zona Franca*, 29:168-217. <https://doi.org/10.35305/zf.vi29.223>

Vezzetti, H. (2009). *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*. Buenos Aires: Siglo XXI.

### Fuentes

Legajo de Paolo, disponible en: Archivo Histórico del Ejército.

Entrevista de la autora a Lucía, 02/12/2019.

Entrevista, *Memoria Abierta*, 24/01/2022.

Entrevista de la autora a Lucía, 20/09/2022.

Entrevista de la autora a Lucía, 12/12/2023.

Recibido: 05/02/2024

Evaluado: 21/04/2024

Versión Final: 17/05/2024